

A resultados de nuestra Alianzita particular.

Fue el pasado sábado por la tarde, algo somnoliento, después de un cuscus libanés y de una sesión de gimnasio, que exterminó los últimos trazos de energía que me quedaban de la semana, dispuesto a alcanzar las cimas del frenesí evasivo, tras haber dejado, por un momento, a un lado la muy divertida última novela de Stanley Robinson "Antártida" (follón político-ecológico-científico con personajes posmodernos en un paisaje, blanco-azul-blanco, de indecible y aterradora belleza) para ver el último episodio de Babilon V, donde las sombras, malas malísimas, hacían de las suyas en la descabellada guerra intergaláctica, cuando me tropiezo con un debate en CNNPlus sobre el pacto entre BBV y Telefónica, y empecé, a medida que se desarrollaba, a dar brincos desde mi reposada posición de sillón-ball.

Emilio Ontiveros, conocido catedrático de economía y analista financiero, y el director de la firma financiera Renta4, joven aguerrido del género invencible. Ambos coincidían en calificar la operación de estratégicamente inteligente: coloca a dichas firmas en una mejor posición para afrontar los retos de la globalización, las refuerza mutuamente en sus respectivas posiciones competitivas, da a Telefónica mayores pulmones financieros y al BBV mejor acceso al mundo de las telecomunicaciones. Ontiveros matizaba, no obstante, señalando los posibles peligros desde el punto de vista de la pérdida de nivel competitivo en el funcionamiento de los mercados españoles afectados. El representante de Renta4, diluía este peligro potencial subrayando el reforzamiento de los posicionamientos internacionales, puesto que la batalla decisiva, al fin y al cabo, venía a decir, se despliega en este ámbito global. El subidón en la capitalización bursátil resultaría, pues, la mejor expresión de cómo los mercados premian lo bien encaminado de esta operación.

Por mi parte, estaba que se me rompían las costuras. Ontiveros mentaba el meollo, a mi entender, de la cuestión, pero sin explayarse en ello y sin nombrar las palabras mágicas: tecnología-innovación-tecnología. Con ello, el análisis se queda a nivel epidérmico, es decir, en lo puramente financiero y dentro de un horizonte temporal bastante estrecho. La innovación tecnológica, entendida en sentido amplio, constituye la principal y la mejor consecuencia de un ambiente competitivo, explica históricamente el sorprendente crecimiento de las economías capitalistas y está detrás del inusitado y sostenido ciclo alcista que vive la economía estadounidense, donde parecen lograrse ganancias en productividad que estaban casi olvidadas en las economías industriales maduras. Y estos chicos que no se metían en materia: lo que habría que explicar son las potenciales sinergias de una operación de estas características y las garantías que existen de que éstas se realicen. El intercambio de acciones y los acuerdos sectoriales adoptados, ¿aseguran, en verdad, un impulso dinamizador en las capacidades competitivas, el cual, finalmente, se verá trasladado a los consumidores bajo la forma de nuevos productos, mayor calidad y mejores precios?. O, por el contrario, vamos a ver un acorazamiento defensivo de las respectivas posiciones de dominio de mercado que posibilitará minar la competencia, florecer los acuerdos de colusión y, en última instancia, ralentizar el proceso de liberalización de los mercados financieros y de las telecomunicaciones en España. No cabe duda

que lo que tenga que ser, lo tendrán que demostrar, tautología que no por obvia carece de significación; hay escasos fundamentos reales para formarse expectativas gloriosas y sí, en cambio, para sostener actitudes de cuidada vigilancia.

Cuando uno ha vivido en carne propia la ineficacia tecnológica de Telefónica y su política comercial a rastras de lo que hace su competencia. Cuando nos ha torturado con el desmande caótico del fraccionamiento de su organización, con la incapacidad de ofertar tarifas mejores que otros operadores, con acallados fracasos en el lanzamiento de nuevas tecnologías, como la de la banda ancha a través de las líneas ADSL, con su boicoteo a la introducción de una tarifa plana que dinamice los servicios internet en el país. Cuando uno tiene la impresión que Telefónica ha frenado su política de inversiones en infraestructuras y en investigación y desarrollo, para dedicar las energías a una expansiva política de crecimiento en América Latina y en el sector de medios de comunicación. Cuando da mala espina esa inexplicable rotación de directivos en puestos centrales, incompatible con la consolidación de las políticas estratégicas y la estabilización organizativa. Cuando parece que los esfuerzos se concentran en diseñar operaciones que incrementen en el corto plazo el valor de capitalización en bolsa de la compañía, como es el caso de Terra, empresa que poco ha aportado de nuevo al panorama internet, pero con tremendo impacto en el “mercado de juguete” (en feliz expresión de Jesús Mota) que constituyen la bolsas españolas. Y cuando, en fin, a la compañía de marras le lueven las infracciones por vulneración de la competencia, reflejo de su dinamismo empresarial socavador de la iniciativa ajena, no queda menos que levantar una ceja de prudente escepticismo frente a la valoración desmesurada de las expectativas creadas por la operación empresarial que nos ocupa.

Y eso que del sector bancario español, y de su estructura oligopolística, también habría que decir unas palabras. Pero, sin embargo, lo que más me preocupa es una cuestión más general que afecta a casi todas las economías europeas pero, por razones de honda tradición histórica, especialmente a la española. Me refiero al conocido sustrato que, en última instancia, provee de impulso dinamizador a las economías nacionales: el semillero de pequeñas y medianas empresas con capacidad de experimentación y riesgo en nuevos procesos, productos, servicios y formas de gestión. El músculo financiero es requisito necesario, y puede ser determinante para lograr determinadas condiciones competitivas (economías de escala, grandes sinergias de complementariedad, actividades con elevados costes enterrados, investigación y desarrollo de alto precio, etc.), pero no es suficiente, y ni la retrospectiva histórica, ni la más reciente experiencia norteamericana, avalan el hecho de que ahí resida el motor desencadenante primario. Bien al contrario, hemos visto, en las últimas décadas, derrumbarse sin conmiseración gigantes de antaño, y entronizarse a compañías de jovenzuelos drogados por la creatividad, la ambición y el trabajo. Las grandes estructuras, como bien sabemos, tienden a crear inercias pesadas que no suelen ser propicias a los procesos innovadores, de ahí que muchas se alimentan de lo que se hace fuera de ellas. Ese sustrato tiene demasiados agujeros en España, y el sector público, con su proclividad a los grupos de interés poderosos, con su

tendencia burocrática a obstaculizar o, peor aún, a usurpar a la iniciativa novedosa, da la impresión que hace la cosas incluso más difíciles.

Así pues, si para el Presidente de Sun Microsystems, Edward Zanda, la denominada “la Alianza” entre AOL y TimeWarner, es básicamente acertada (en línea con la convergencia de las cuatro c: consumers, communications, computers, contents), pero con mucho riesgo (ajuste de culturas y dinámicas organizativas distintas), ¿qué decir, finalmente, de nuestra Alianzita?. Felipe González opina que va en la dirección incorrecta para afrontar los procesos de liberalización y globalización, que responde a la preocupación de salvaguardarse frente a un entorno político potencialmente cambiante, que obedece a la trasnochada concepción renana del capitalismo bancario y que no hay precedentes en la escena internacional de alianzas de esta naturaleza. Es posible que algo haya de todo esto, aunque no se puede obviar que los servicios bancarios y financieros representan uno de los sectores donde las nuevas tecnologías de las telecomunicaciones están teniendo mayor repercusión. En todo caso, la autoridades reguladoras tendrían mucho que decir al respecto, y una revisión general de los diseños de los procesos de liberalización y de privatizaciones, no vendría nada mal. Tampoco revalorizar pública y socialmente a los emprendedores, menos con políticas ambivalentes y discriminatorias de subvenciones, y más con limpiar los caminos de obstáculos burocráticos, fiscales y financieros.

Saludos muchos.

Las Palmas de Gran Canaria a 16 de Febrero de 2000.

Jacinto Brito González.